

Llamados para servir I (10/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo
Juan 13:1-17
9 de mayo

Llamados para servir I (10 de 13)

Texto bíblico: Juan 13:1-17

Introducción:

El principal propósito del Evangelio de Juan es hacernos saber del amor de Dios hacia nosotros y del amor que por tanto los creyentes deberíamos tener unos con otros. El amor es su énfasis principal. Este amor tiene un carácter particular: se manifiesta en servicio. Esto quiere decir que quienes aman se tornan siervos de aquellos a quienes aman. Dios nos ama, y por lo tanto en Jesucristo Dios viene a servirnos, haciéndolo todo en favor nuestro, incluso su lucha y su victoria sobre las fuerzas del mal y del pecado. La muerte de Jesús muestra hasta qué punto llega el amor de Dios. Nuestras vidas, como seguidores de Jesús, han de modelarse según el ejemplo que tenemos en él. Tenemos que amarnos y servirnos mutuamente. La lección de hoy nos lleva de nuevo a la Semana Santa, a la cena que tuvo lugar la noche antes de la crucifixión. No se nos habla aquí de la institución de la Santa Cena, como en los otros evangelios. En lugar de ello, se nos cuenta del lavacro de los pies. Esta historia subraya la importancia del sacrificio mutuo en base al amor, lo cual es una parte importantísima del sentido de la Cena del Señor.

Propósito de la lección:

El propósito de esta lección es estudiar cómo la vida y el ministerio de Jesús han de servir de dirección para nuestra vida en común como discípulos de Jesús, y para la forma que nuestro

servicio ha de tomar. La muerte de Jesús es su acto culminante de amor y de servicio, pero él toma esta oportunidad para mostrar cómo hemos de vivir en humilde servicio mutuo.

Bosquejo de la lección:

1. ¿Qué significa ser siervo o sirviente? ¿A quiénes hemos de servir?
2. ¿Qué significa ser limpio?
3. ¿Qué nos dice este pasaje acerca de la Cena del Señor?

Análisis de la Escritura:

v.1: Jesús sabe que se acerca el momento de su muerte. Esto es lo que significa la frase “su hora había llegado”. Esto sucede poco antes de la Pascua, de modo que su sacrificio es semejante al del cordero pascual. Ante la inminencia del fin, Jesús se apresta a cumplir su misión. La esencia de esa misión es el amor, y por tanto nos dice Juan que “los amó hasta el fin”.

v.2: Los que están cenando con Jesús y los discípulos, entre los cuales se encuentra Judas. Juan nos explica que la acción de Judas se debió a la voluntad del diablo. En otras palabras, que los poderes del mal quieren deshacerse de Jesús, y utilizan a Judas con ese propósito.

vv. 3-5: Jesús sabe quién él es y cuál es su misión. Sabe que su intimidad con el Padre es tal que todas las cosas son suyas. Y sabe no sólo que viene de Dios, sino también que regresará a Dios al cumplir su misión. Aunque desde el punto meramente humano pueda parecer que son los

oficiales romanos quienes tienen la última palabra, o los jefes de los judíos quienes deciden lo que le ha de suceder a Jesús, eso no es en realidad lo importante. Quien tiene todas las cosas en su mano es Jesús. Es con ese sentido de autoridad que se levanta de la mesa y comienza a lavarles los pies a los discípulos.

Es importante notar que Juan subraya la autoridad inigualable de Jesús en el momento mismo en que le va a presentar como siervo humilde de sus discípulos. Se quita el manto, toma una toalla, y comienza a lavarles los pies a los discípulos. Esto era lo que se acostumbraba que hiciera un siervo en cualquier casa de personas acomodadas. Puesto que había polvo en los caminos, y los caminantes llevaban sandalias abiertas, al llegar a una casa traían los pies llenos de polvo y sudados. Un buen anfitrión no solamente les daba el agua que era necesaria para lavarse las manos antes de comer, sino que también ordenaba que se les lavasen los pies para que los viajeros se sintiesen cómodos y más frescos. Cuando no había sirvientes, a veces se les daba agua a los huéspedes para que ellos mismos se lavaran los pies. Pero era insólito el que el anfitrión mismo lo hiciera. También resulta interesante notar que este lavacro de los pies ocurre durante la cena, y no al momento en que los invitados llegan. Esto crearía aún mayor confusión entre los discípulos.

vv. 6-11: Pedro es el que protesta. Jesús le dice que aunque no pueda comprender inmediatamente lo que está teniendo lugar, el momento llegará cuando sí lo entenderá. Esto significa que la acción de Jesús tiene una importancia que va mucho más allá del mero hecho de

lavarles el polvo de los pies. Indica que el significado de esa acción se relaciona con el cumplimiento de la misión de Jesús, y que por tanto los discípulos no podrán entenderla hasta que no empiecen a comprender mejor esa misión.

Aparentemente, Pedro entiende que se trata de una acción importante, y ahora pide mucho más: que Jesús le lave no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dice que no es necesario hacer tal cosa porque ya están limpios. Son sus discípulos íntimos, quienes forman parte de su propósito y misión. Jesús añade que no todos están limpios, con lo cual se refiere a Judas, quien a pesar de ser uno de esos discípulos se ha vuelto siervo del mal, y trama la traición.

vv. 12-17: Ciertamente, los discípulos estarían confundidos ante lo que Jesús acababa de hacer, puesto que se trataba de una acción insólita por parte de un anfitrión o maestro. Ahora les da la explicación de lo que acaba de hacer. Para ellos su acción resultaba extraña porque él era su líder, y por lo tanto el anfitrión en esta escena. Y sin embargo había ocupado el lugar de un siervo al lavarles los pies. Les dice bien claramente que también ellos, como seguidores suyos, han de actuar de semejante manera. No han de actuar como si ellos, sus seguidores, fuesen mayores que él mismo, desdeñando las acciones humildes del servicio mutuo. Han de ser sus mensajeros, llevando el evangelio de Jesús. No han de actuar como si los mensajeros fuesen mayores que quien les ha enviado.

El versículo 17 señala que hay una enorme diferencia entre saber estas cosas y hacerlas. No basta con lo primero. Como dice el dicho, “del dicho al hecho hay un gran trecho”. Quienes llevan a la acción lo que saben acerca del servicio amoroso son quienes de veras saben quién es Jesús.

Aplicación:

En la sociedad antigua había una idea bien clara y hasta clara de lo que era un sirviente y cuáles debían ser sus actitudes y acciones. Se daba por sentado que los sirvientes o esclavos en su mayoría habían nacido como tales y lo serían de por vida. Es importante que recordemos que en griego la misma palabra quiere decir tanto “sirviente” como “esclavo”. Un sirviente tenía la obligación de hacer la voluntad de su amo. No era una ocupación como las de hoy, de 9 de la mañana a 5 de la tarde, sino que se esperaba que estuviesen listos en cualquier momento a hacer lo que fuese necesario o lo que se les pidiese. Lo que es más, un buen sirviente conocía a su amo tan bien que sabía responder a sus deseos y necesidades aún antes de que se le pidiese. Tal es la clase de sirviente a que Jesús se refiere. Los discípulos aparentemente estaban dispuestos a ser siervos de él, hasta donde sabían lo que eso implicaba, excepto en el caso de Judas. Con frecuencia se les hacía difícil entender a Jesús, pero le amaban, y le tenían como guía y maestro. Pero ahora Jesús les aclara que no han de ser solo siervos de él, sino también siervos unos de otros. Probablemente esto sería una gran sorpresa para ellos. En otros pasajes en los evangelios vemos a los discípulos discutiendo entre sí acerca de cuál será el mayor, o cuál recibirá mayor honor. El servicio mutuo, el considerar a los demás más importantes que ellos

mismos, sería ciertamente una lección sorprendente para ellos.

En la iglesia de hoy, tratamos de ser siervos del Señor resucitado. Pero con demasiada frecuencia no recordamos que esto también implica ser sirvientes unos de otros. Por ello, a menudo las luchas de poder dentro de una congregación o denominación difieren poco de las que tienen lugar en cualquier organización secular. Aunque hemos oído repetidamente estas palabras de Jesús, resulta mucho más difícil ponerlas por obra que sencillamente aceptarlas en teoría o intelectualmente.

El hecho es que lo que Jesús pide aquí es bien difícil. Lo que se nos pide es que seamos sirvientes unos de otros, tanto dentro de la congregación local como fuera de ella. Ese es el centro de la lección de hoy, y de la lección que Jesús les dio a sus discípulos. Jesús estaba hablándole a la iglesia que estaba en proceso de formación. Parte de lo que significa ser la iglesia es que las acciones de los cristianos entre sí han de ser un gran testimonio hacia quienes están fuera de la iglesia, como una ciudad asentada sobre un monte. También se da por sentado que quienes aprendan a llevar vidas de servicio hacia sus hermanos y hermanas en la fe también llevarán vidas de acción amorosa hacia quienes todavía permanecen fuera de la iglesia. Ambas cosas son parte de la misión de la iglesia. Pero tenemos que tener cuidado de no caer en el error de olvidar que las palabras acerca del servicio mutuo se refieren ante todo a nuestra vida interior dentro de la comunidad, y luego, en consecuencia de ello, a nuestra relación con los de afuera.

La relación de los creyentes con Jesús es tan estrecha que ya ha comenzado en ellos la vida eterna. Ya han sido perdonados, limpiados, e impulsados en un nuevo camino de vida. En ese sentido, los fieles son limpios. Esto no quiere decir, sin embargo, que los cristianos nunca pequen, que nunca estén “sucios” otra vez. Sabemos que tal no es el caso. Pero aquí Jesús nos enseña que aunque tengamos tales caídas, la redención siempre es posible, que es posible que él nos lave los pies de nuevo. Estamos en una jornada de fe. No hemos llegado a la perfección. A veces pensamos que si pecamos, si perdemos el camino, ello significa que tenemos que comenzar desde el principio como si nada hubiese sucedido desde que creímos. Pero tal no es el caso. Jesús conoce nuestras debilidades y caídas, y está dispuesto a enfrentarse a ellas con amor. Esto no quiere decir que debamos estar satisfechos con ellas. Pero tampoco debemos desalentarnos ni darnos por vencidos porque todavía somos pecadores.

Tal parecería que el lavacro de los pies y la Cena del Señor son dos cosas completamente diferentes, y que no guardan relación una con la otra. Pero en el evangelio de Juan, hay una relación estrecha entre ambas. El autor de este evangelio conoce muy bien tanto la institución como la práctica de la Cena del Señor. En el capítulo 6 se refiere claramente a ella. Pero aquí centra su atención en el sentido de la Cena más bien que en su institución. El lavacro de los pies nos habla acerca de la necesidad del servicio mutuo. Nuestro servicio se basa en el hecho de que nuestro Maestro es quien sirve. La Cena del Señor nos habla acerca de cómo el Maestro da su vida por nosotros, y nos enseña que nuestra vida ha de ser dada por otras personas. Al celebrar la Cena, frecuentemente pensamos únicamente en lo que Jesús ha hecho por nosotros,

pero se nos olvida que esa misma Cena nos dice también que nosotros deberíamos dar nuestras vidas por otras personas. Esas “otras personas” son ante todo aquellas que participan con nosotros de la Cena. Todos somos sirvientes del mismo Maestro, quien nos ha encomendado que nos sirvamos mutuamente. Al reunirnos en la Cena para recordar lo que el Maestro ha hecho por nosotros, también se nos recuerda lo que debemos hacer unos por otros. De este modo, la Cena nos une como el Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Recomendaciones educativas:

1. Escriba sobre la pizarra: “ser un siervo implica...”. Pídale a la clase que discuta cómo completarían esta oración. Hágalo antes de comenzar la discusión de lo que Jesús nos dice acerca de cómo ser siervos.
2. Escriba en la pizarra: “ser sirviente significa...”. Pregúntele a la clase si todo lo que dijeron acerca de lo que implica ser siervo también se incluye en la palabra “sirviente”. El propósito al hacer esto es mostrar que en el lenguaje religioso cotidiano le hemos quitado los dientes a la palabra “sirviente”, sustituyéndola por palabras al parecer más religiosas como “siervo” o “servidor”. En tiempos de Jesús, un sirviente era normalmente un esclavo. Jesús no está hablando aquí acerca del servicio religioso, sino de todas las tareas humildes y a veces hasta humillantes que un sirviente tiene que hacer. Tras una discusión sobre estos dos puntos, pregúntele a la clase si en realidad somos sirvientes unos de otros.
3. Divida la clase en dos grupos de cuatro o cinco, y pídale a cada grupo que escriba lo que

significa para ellos el participar de la Cena del Señor. Haga esto antes de discutir el relato acerca del lavacro de los pies. Después de la discusión acerca de esa acción humilde de Jesús, pídale a la clase que compare lo que han dicho acerca de esa acción con lo que han escrito acerca de la Cena.

Resumen:

El Evangelio de Juan incluye la narración del lavacro de los pies precisamente en el mismo sitio en que los otros evangelios nos cuentan la institución de la Cena del Señor. Esta lección nos muestra la relación estrecha que existe entre ambos acontecimientos, por cuanto ambos se refieren al servicio mutuo que surge del amor.

Oración:

Oh Dios nuestro, tu gran amor te hizo venir a nosotros como siervo humilde. Permítenos conocer y creer esto, y recibir el don que tú nos das, de tal modo que podamos ofrecer nuestra vida por otras personas, y que especialmente en tu iglesia se manifieste tu amor. Esto te lo pedimos en el nombre de Cristo Jesús. Amén.